


Pasado perfecto

La muerte es inevitable,
la familia, no



Yareli
Arizmendi



ALMUZARA

Pasado perfecto

Yareli
Arizmendi



ALMUZARA

Almuzara México • Almuzara Nuevas Narrativas #6

Pasado perfecto

© 2026, Yareli Arizmendi

© 2026, LID Editorial Mexicana, SA de CV

Bajo el sello editorial Almuzara México

Homero 109, piso 14, oficina 1404,

colonia Chapultepec Morales, alcaldía Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, Ciudad de México, México

www.almuzaralibros.com

Primera edición impresa en México: marzo de 2026

ISBN: 978-607-69249-9-0

Primera edición en formato *epub*: marzo de 2026

ISBN: 978-607-69249-8-3

Dirección editorial: Nicolás Cuéllar Camarena

Dirección de arte: Raúl Aguayo Chávez

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en México | *Printed and made in Mexico*

*Para mi hermano Fidel, la única persona en la tierra
que me conoce desde el día en que nació.*

Y a mamá, por la vida y la cereza en el pastel.

He aprendido que la gente olvidará lo que dijiste, olvidará lo que hiciste, pero la gente jamás olvidará cómo la hiciste sentir.

Maya Angelou

Pasado perfecto: tiempo que se usa para hablar de acciones que ocurrieron **antes** de otra acción en el **pasado**, que ahora informan el **presente**.

HOY ES ESE DÍA

Es sábado en la noche. Pronto la casa estará llena: mi marido, su hijo, su hija y yo. Estamos (¿en dónde más?) en la Ciudad de México para las navidades. Cálmate, no empieces. Es que cada año, este es el hábito con el que prometo acabar, y cada año fracaso. ¿Será que estamos adictos, destinados o condenados a estar en la Ciudad de México todas las navidades? Quiero hacer otra cosa, algo que no sea lo de siempre. ¿Cómo qué? Lo que sea menos gastar cantidades exorbitantes de dinero comprando boletos a precios inflados que las aerolíneas te venden apostándole a que quedaste en hacer lo imposible por estar juntos en Navidad porque llevas tanto, tanto tiempo sin ver a la familia.

Y por eso, esto me saca de quicio: nosotros sí hemos visto a la familia durante el año muchas veces... muchas. Viviendo en Los Ángeles, volar a la Ciudad de México es como tomar el autobús a San Francisco o San Diego. Más caro y largo el viaje, pero con nueve vuelos directos, y un buen número de vuelos con una o dos paradas, la Ciudad de México está mucho más cerca de lo que aparenta en el mapa. En fin, a ver si el año que viene lo logramos: estar en otro lado... porque hoy por hoy, aquí estoy, estamos, la familia completa.

Increíble que me siga costando decirlo. Al principio no se me daba llamarlos *mi familia*, bueno, ni diez años después, pero ya van veintidós y poco a poquito me he ido acostumbrando. La familia de Emilio, mi marido, es enorme: hermanos, hermanas, sobrinas, sobrinos, tías, tíos, primos, primas, cuñados, cuñadas, exesposas, madrastras y, por supuesto, madre y padre.

Mi contribución a esta familia es modesta: una madre y un hermano. Dos personas. Y dos personas nada fáciles de tratar. Mi familia no siempre fue tan reducida, pero después de cuarenta y tantos años de una revoltosa historia familiar, en esto ha parado. Quiero pensar que ha sido por elección, y mira que fue una buena decisión. Mucho mejor decisión que la que tomamos al comprar este colchón *queen size* para el departamento de México. Estaba rebajado, tanto el precio como la duración. Esa es buena idea: comprar uno nuevo de Navidad. Sentada en la cama, recuesto la cabeza sobre la cabecera. Oigo a Emilio tocando la guitarra. Es lo que hace cuando no sabe qué sigue. Una actividad transicional, dice. Eso o lavar los platos. Pues yo sí le puedo decir qué sigue: cenar. Saber qué sigue es parte de vivir en familia.

Nuestro departamento de dos pisos tipo *loft* está frente al de Itzia, su hija. En breve, ella y Témoc, su hermano, también hijo de Emilio, tocarán a la puerta y sugerirán que por qué no vamos a cenar tacos al Califa, o mejor a Los Bisquets Bisquets. Es el mismo ritual todas las noches y yo, el foco de la discusión. “¿Yari, estás a dieta? ¿Prefieres uno o el otro o te da lo mismo?”

Me gusta que me consideren. Me he ganado mi reputación. Soy disciplinada y de opiniones fuertes, así que más les vale consultarme antes de darlo por hecho.

Pero antes de que empiece el baile oficial de la cena, tengo unos minutitos para acurrucarme en la cama con mi iPad, checar correos, asegurarme de que el cordón umbilical con mi otra realidad, Los Ángeles, está intacto.

Uy, qué bien, la señal de internet está fuerte, cosa con la que no siempre se puede contar: depende de si pagamos el recibo, si el

clima lo permite o si las broncas con los sindicatos se han resuelto. Eso sí, desde que acepté el pago automático, el internet y el teléfono funcionan mucho mejor. Eficiencia a cambio de soberanía.

Ver a México, el país, pasar a ser una zona postal más en el mapa de Estados Unidos me duele. Yo llevo fuera más de treinta y dos años. Digo, no es que haya estado aquí para detener el trote de la historia, aunque desde *el otro lado*, hago lo que puedo.

Ping, suenan los correos descargados. Cincuenta y tres correos nuevos desde la última vez que lo chequé, hace cinco horas. Le doy una revisada a la interminable lista de basura —ofertas navideñas, semanas de *La frase diaria* sin abrir, noticias de política de todo tipo de fuentes y alertas de Facebook. Bajo circunstancias normales, la vida a velocidad Los Ángeles, ni volteo a ver Facebook. Pero hoy, recostada en la cama, y a velocidad México, se me antoja.

Abro el programa. El número de peticiones de amistad sin contestar es de dar pena, y los mensajes, bueno. Debía empezar por los mensajes. Le doy clic y sonrío.

Es Danny, mi mejor amigo de la secundaria. No lo he visto en... ¿treinta y dos años? ¿Cómo sucedió eso? Si hay una persona del pasado con quien me encantaría sentarme a platicar largo y tendido, es con Danny.

Le doy al botón de abrir, y me lleva a su página. Aparece la foto, sus facciones fuertes y su sonrisa suave.

“Hola, Yarina. No sé si alguien te ha avisado o te va a avisar, pero pensé que debías saberlo. Sé que no estabas en contacto con él, pero el doctor Gustavo Armendáriz falleció esta mañana. Están preparando la cremación. No habrá entierro”.

Me quedo viendo la pantalla. Se me hace un nudo en la garganta y se me pasa. Gustavo Armendáriz, mi padre, murió. Danny tiene razón en suponer que nadie de esa familia se va a molestar en avisarme. Miro al techo... sin sentir, sin pensar, los ojos fijos en la lámpara de papel de arroz apagada que cuelga al centro del cuarto. Han pasado veintinueve años desde la última vez que mi padre y yo

nos vimos. Y por veintinueve años, mi mamá, mi tía, mis amigos, y hasta algunos desconocidos me han preguntado: “¿Qué vas a hacer el día que muera tu padre?”

Mi respuesta es siempre la misma: “Lo mismo que estoy haciendo ahora. Él no está en mi vida, así que, la verdad, nada cambia”.

Bueno, hoy es ese día. Hoy, mi padre murió, y aquí estoy, acurrucada en la cama, bañada en una oscura calma a la luz de mi iPad. Meto los pies debajo de la cobija y así me quedo, disfrutando de la alegría de saber que Danny se preocupó por mí.

Para nada estoy pensando en él; en mi padre. Para nada.

Se abre la puerta de abajo: son los chamacos. La guitarra de mi marido se calla y, como es de esperar, se escucha la voz de Témod.

—Vamos a cenar, ¿no? Yari, ¿te late Bisquets Bisquets?

—¿Yari? —pregunta Emilio, asegurándose de que lo oí. Siempre hace lo mismo, como que le da angustia si no contesto rápido.

—Sí, me late —contesto, sin importarme a dónde vamos o si vamos. “Emilio, ¿subes un momentito?”

Antes de que termine de decirlo, oigo sus pasos en la escalera. Dos segundos más tarde, se asoma sonriendo. Me le quedo viendo y pienso que lo que la vida me quitó de chiquita, me lo repuso después. Haber encontrado a mi otra ala me animó a alejarme del machete que me tasajeó las mías. Juntos, cojeando en el aire, nos completamos.

Tranquila le cuento:

—Murió mi papá.

Corre a sentarse junto a mí, toma mi mano, me mira a los ojos, y pregunta:

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

Estira su brazo sobre mi cabeza y prende la luz. La tan apropiada oscuridad, desaparece.

Alzo los hombros, suspiro y le doy un beso. No estoy llorando, no estoy enojada, ni siquiera estoy sorprendida. Quiero saber qué paso, solo para saber. Debía preguntar. Sí, será bueno saberlo.

—No sé, no siento mucho, que digamos. Estoy bien.

—¿Cómo te enteraste?

—Danny, mi amigo que no conoces.

—Claro, me has contado de él.

—Debía llamarle a mi hermano; seguro que nadie le ha dicho nada. Debía llamar a mi mamá. Sí, a ella primero.

—¿Quieres ir a cenar?

—Sí, nada más dame...

—Lo que necesites.

Me da un beso, se levanta y desaparece por la escalera de caracol. Me quedo mirando en esa dirección, imaginando cómo será cuando se inviertan los roles. Él diciéndome a mí que su papá murió, o peor aún, su mamá. Será totalmente diferente... será normal... lágrimas inconsolables, *shock*, abrazos fuertes, de esos que no te sueltan, un dolor hondo salpicado de recuerdos, tristeza, y mucho amor.

Levanto el teléfono —de los viejitos, enchufado a la pared —y marco a casa de mi mamá. Me gusta que me sé el número de memoria. Solo memorizo los importantes. Y bueno, una madre debe serlo ¿no? Está sonando.

—Ahmm, ahmm, ¿hola? —contesta la voz rasposa y tozuda que reconozco como la de mi madre.

—Mami, hola, ¿Estás despierta? —pregunto, sabiendo que por supuesto sí. Nunca se duerme antes de la una.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Pues, me acabo de enterar de que mi papá murió esta mañana —le digo y espero a que mis palabras surtan efecto.

—Ay, Dios. Eso sí que... ¿Cómo te enteraste?

—Danny me mandó una nota; quería estar seguro de que yo supiera.

—¿Ves? Danny y su familia, ellos sí son gente buena, eso fue muy lindo de su parte.

—Sí, me hizo sentir muy bien —le digo y me espero. Silencio. Y entonces mi madre hace lo que hace tan bien: atar una cosa que aparentemente no tiene nada que ver con la otra, y aclarar el panorama.

—Qué chistoso, hace dos días estábamos hablando de él; que era un ser horrible y tú dijiste que...

—... y yo dije que había cosas buenas de él.

—Ahí está; esa fue tu despedida. Lo dejaste ir.

No estoy segura de que el que “yo lo dejara ir”, fuera la razón de que él muriera, pero es una bonita forma de pensarlo.

—¿Sabes cómo murió? —me pregunta.

—No, sólo fue una notita en Facebook.

—Llámale a Lupita, seguro ella sabe, ella lo quiere mucho... bueno, lo quería.

No he visto a mi tía Lupita en quince años o más. Es la última persona a la que le llamaría. Mi padre y Betsy nos alejaron a todos de ella. ¿El crimen? Se puso del lado de mi madre cuando mis papás se divorciaron. Para mi padre, Lupita estaba muerta. Aunque la muerte no dura para siempre cuando es pura fantasía. Y mi padre era bueno para eso: matar gente por decreto. Los cuerpos seguían andando, hablando, amando, y odiando, pero para él, estaban muertos.

—¿Por qué no le hablas tú, mami?

—No, no, yo sólo... Nunca pensé que se muriera.

—¿Eh? —digo yo, sin entender a qué se refiere.

—Nada, no importa.

—Ma, los monstruos envejecen igual que todos nosotros. Se mueren y, salvo que hagan un pacto con el diablo, se quedan muertos.

—¡Él era el diablo! —dice, medio bromeando y medio no.

—Un diablo muy menor.

—Pónle atención a tus sueños, por si acaso.

Los sueños, ahí se da la batalla. Ella me enseñó eso cuando era chiquita, y siempre me acuerdo.

—Buenas noches, mami.

Cuelgo lentamente. Mis pensamientos la abrazan, deseándole que duerma tranquila, sabiendo bien que lo más seguro es que no.

Llegamos. Nos sientan a los cuatro y nos ofrecen menús. Yo no lo necesito.

—¿Ya sabes qué quieres? —me pregunta Emilio, sabiendo que sí.

—Sí: dos quesadillas de maíz con aguacate, y un decaf con leche deslactosada.

¡Soy totalmente Starbucks! *Hum*, que habrá sido primero, ¿Starbucks o los Bisquets Bisquets? Saco el celular y checo: el primer café de chinos en México fue establecido en 1894, Starbucks 1971. Ahí tienes información interesante, de esa que no sirve para mucho.

Emilio, su hijo y su hija leen el menú con la atención de un devoto estudiándose el misal en domingo. Digo ¿cuántas veces hemos venido a este restaurant? Puedo adivinar lo que van a pedir todos.

—Yari, ¿estás bien? Te siento como ansiosa —observa Témo.

Helo ahí, el aprendiz de terapeuta.

—Tengo hambre —le explico—. ¿Estamos listos para ordenar?

—Y sin esperar respuesta, alzo la mano, buscándole la mirada al mesero.

El único que me mira es Témo. ¿Qué espera encontrar? Le devuelvo la mirada y me encojo de hombros. Me dice:

—Hay algo. No estás...

—Estoy cansada del viaje.

—Bueno, te acabas de enterar que tu papá... —empieza a decir Emilio, pero mis ojos lo callan de ya. —Ay, perdón, ¿les quieres contar tú? —me pregunta justo cuando suena su celular —Chin, tengo que contestar.

Y claro, tiene qué, no le queda de otra. Le hago cara de “adelante”, y él se levanta, dejando un silencio colgando, esperando.

Mi posible angustia no tiene nada que ver con mi papá. No estaba pensando en él, y para nada pensaba comentarlo. No con ellos. No creo que ni Témo ni Itzia tengan mucho que agregar a la

conversación. Pero con dos pares de ojos observándome, más me vale decir algo.

—Estoy bien, no quería... Yo no iba a... digo, bueno ya, les cuento. Acabo de enterarme de que mi padre murió esta mañana.

Sus caras se entristecen. Esto es exactamente lo que no quería que pasara. Pero bueno, de qué otra manera reacciona la gente normal ante tal noticia. Triste es lo normal.

—¿Tu padre? ¿Con el que no has hablado en veinte años? —pregunta Témod.

—Treinta. No le he hablado, bueno, no le hablé por... serán treinta años en marzo.

A Itzia se le sale un suspiro. Ella se levanta de su silla, camina hacia mí, y claro, me abraza. Una reacción linda y normal, pero que la verdad me parece una exageración dado que estoy más que bien.

Témod, en su papel de doctor buscando un diagnóstico, entrecierra los ojos, y pregunta:

—¿Te sientes triste? Te veo muy en control. Cuando te enteraste, ¿lloraste?

—No, no lloré. Me siento triste, bueno... no exactamente triste, más como... digo... cuando le llega la muerte a alguien, siempre nos recuerda que ahí viene.

Me decepciona mi respuesta. Aunque agradezco mi intento de frase profunda que acaba cayendo en lo que ya se ha dicho mil veces.

—Sí, pero como el que murió era tu padre, pues tiene más peso que si fuera cualquier otra persona, ¿no? —pregunta Témod.

Sería lindo que dejara de usarme de conejillo de terapias. Pero si no le sigo el juego, no me dejará en paz. Así que, hago una pausa, como si estuviera pensando, considerándolo, aunque para nada. Y no porque no sea posible que me sintiera así sino porque, en mi caso, simplemente no lo es. El silencio alrededor de la mesa deja en claro que están esperando que yo diga algo. Va.

—En circunstancias normales, diría que tienes toda la razón, pero en mi caso, ha pasado demasiado tiempo y está más que resuelto,

“trabajado”, como te gusta decir a ti. Así que mi reacción no es de sorprender a nadie. Para mí no es algo devastador.

—Va, está bien. Sabes que el dolor tiene sus propias formas, ¿no? Así que, si de pronto te sientes triste y quieres llorar, no lo frenes, déjalo que corra, que te recorra. Te vas a sentir mejor —dice Témoc.

¡No me digas! ¿Y desde cuándo yo le he tenido miedo a las emociones, a sentir? Soy actriz de profesión, carajo. Digo, si quieren los tranquilizo poniéndome a llorar ahora mismo, empapando mis que-sadillas, derramando lágrimas en mi café con leche deslactosada. No dejan de mirarme, ¿pensarán que soy un monstruo? Ni una lágrima cuando muere tu padre es algo extraño, pero es que no tienen idea de lo que pasó, y yo no estoy para contárselos.

Para ponerle fin a la discusión, sonrío como si fuera foto y digo:

—Sí, doctor, dejaré que el dolor me invada, que siga su curso. Gracias.

Témoc me sonrío. ¿Estará fingiendo o de veras siente que le reconozco su alcance profesional?

—Eso me pasó a mí, ¿verdad, Témoc?

Ay, no, ahora, Itzia. Preciosa, pero por favor. No necesito compasión. De veras.

—Cuando yo corté con Luis, no sentía nada; estaba bien. Pero luego me enfermé del estómago, me dolía la cabeza y a mí nunca me duele la cabeza. Nadie le atinaba a qué tenía. Estuve enferma y llorando por días.

¿Y eso qué tiene que ver conmigo? La miro, agradeciendo su esfuerzo, pero no digo nada. No puedo. Alguien diga algo.

—Hum, lo de Yari es diferente, pero tienes algo de razón —declara Témoc.

—Prometo ponerle atención a las cosas físicas que no pueda explicar —digo yo, dándole las gracias por preocuparse.

—Deberías —dice Témoc, advirtiéndome que no tome la tristeza a la ligera.

—Lo haré —le digo con actitud de punto final.

¿Dónde carajos está el mesero? Ah, ahí viene. Y también viene Emilio a reintegrarse a la familia. Qué bueno que se perdió la discusión. Él sí tiene idea de cómo me siento, y hubiera tratado de explicarles todo —todo, todo, todo. Eso hubiera sido un desastre completamente innecesario.

—¿Listos para ordenar? —pregunta el mesero.

—Sí, por favor. Dos quesadillas de maíz, orden de aguacate y un café decafeinado con leche deslactosada.

—Para mí, enchiladas verdes y una limonada.

Ése es Témo. Excepto por la limonada, que a veces es naranjada, es lo que siempre pide.

—Café con leche tibia, por favor, y una bolita de queso —pide Itzia.

Esa es nueva, la bolita de queso. Habrá que probarla.

Y antes de sentarse, Emilio remata:

—Café con leche, decafeinado con deslactosada y una hamburguesa, sin queso... ah, y una mantecada Astorga.

El mesero llama a la encargada del café y ella aparece.

—¿Decaf con deslactosada? —pregunta.

Levanto la mano y me quedo hipnotizada, viéndola verter el café de la jarra en su mano izquierda, deteniéndose cuando el café llega al nivel que le marca mi dedo al lado del vaso. Ahora, con la jarra que tiene en la mano derecha, vierte la leche caliente hasta llegar a la mera orilla del vaso. Parece que se va a derramar, pero no. Me le quedo viendo a la espuma y me sorprende la voz de mi padre explicando la ciencia tras el milagro.

“Es la tensión superficial que crea aire, burbujas. Eso es lo que hace que la leche no se caiga de la orilla”.

Hace mucho que no oía esa voz. Hace tanto, que seguro la estoy inventando. Pero no; esa era su voz. Su voz cuando me enseñó a andar en bicicleta, cuando me enseñó la luna en el telescopio de mi abuelo, cuando comíamos algodones frente al Palacio de Bellas Artes. Esa era su voz cuando me enseñó el nombre de cada instrumento en

la Quinta de Beethoven. Sí, hace mil años o más, esa era su voz; la que me envolvía en una cobija de tensión superficial que hacía que sintiera que la vida siempre iba a ser maravillosa, segura, con cero posibilidad de derramarse.

Tierra llamando a Yari. Por veintinueve años no has necesitado su voz. Y digo, a los cuarenta y ocho ¿quién necesita un papá?

Las quesadillas llegan a la mesa justo a tiempo para opinar. El sabor del queso Chihuahua derretido, las rodajas de aguacate, y las tortillas hechas a mano están de acuerdo conmigo. ¿Quién necesita papá cuando tú misma eres capaz de buscar y encontrar tu comida favorita?

—¿Está rico? —pregunta Emilio.

—Mhm —contesto, apretando su mano y concluyendo que, en resumidas cuentas, mi padre, vivo o muerto, no merece un lugar en mi mesa.

Pasado perfecto
de
Yareli Arizmendi

se terminó de imprimir en marzo de 2026
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,
C.P. 09810, Ciudad de México.

Pasado perfecto

Recordar implica pasar nuevamente por el corazón. Cruzar ríos de dolor, de culpa, de miedo. Enfrentar miradas de juicio, de condena. Buscar una explicación lógica a los besos maternos que se interrumpieron en la infancia. Todo ello narrado a partir de la mirada de una mujer-niña poseedora de un gran sentido del humor y una inteligencia sorprendente. *Pasado perfecto* es una novela que deslumbra, que conmueve. Es una lágrima que sana, que limpia, que disuelve el dolor.

LAURA ESQUIVEL




ALMUZARA